



SHALOM

Empezamos el año con la Jornada de la Paz. La paz *Shalom*, don mesiánico por excelencia que Jesús resucitado ha traído a sus discípulos.

La paz de Cristo es también la paz del hombre, rica en valores humanos, sociales y políticos, fundamentados en las condiciones de verdad, de justicia, de amor y de libertad, los cuatro pilares sobre los que se erige el edificio de la paz.

Hace ya unos días celebrábamos la Declaración Universal de los Derechos Humanos, aprobada en el Consejo de la ONU en diciembre de 1948. Fue el primer paso para reconocer los principios inherentes a la condición humana. En treinta artículos.

En setenta y cinco años de vida el documento se ha puntualizado y actualizado, con declaraciones, procedimientos y pactos.

Han surgido obligaciones del Estado para con los ciudadanos, como el derecho a la vida, la libertad, la igualdad ante la ley, etc.

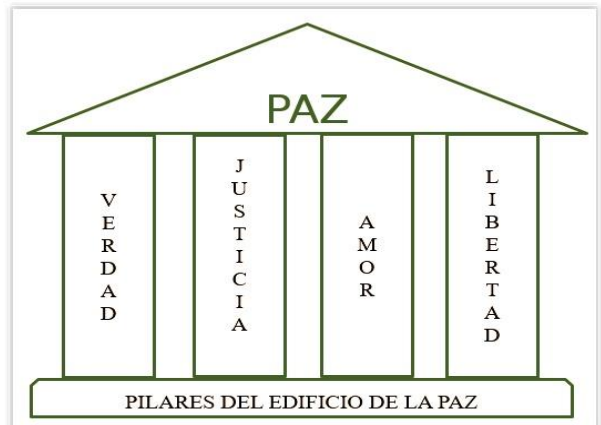
Derechos de carácter económico, social y cultural: derecho a la salud, educación, trabajo, vivienda digna, alimentación, cultura...

Defensa de los valores como: la solidaridad, el medioambiente, la calidad de vida de las personas.

Derecho a las nuevas tecnologías de la información y comunicación y la incidencia en la vida de las personas.

Se quedará todo esto en papel mojado, dependerá de los gobiernos de turno. La Iglesia obedeciendo los mandatos de su Fundador, se esfuerza en anunciar el Evangelio a todos los hombres. El Concilio Vaticano II delinea los principios de actividad misional, para que todos los fieles, el Pueblo de Dios, caminando por la senda de la cruz, difunda por todas partes el Evangelio. Para ello debemos tener una fe sólida, formarnos día a día, para ser misioneros y testigos infatigables de la fe en Jesús resucitado.

Volvamos al principio. La paz reside en el corazón del hombre. No hay paz sin verdadera conversión. María es la Reina de la paz, porque puede obtener del Padre la paz que viene de Dios y está ligada a la justicia. Invoquemos a María y como ella nos pongamos al servicio de Dios. Demos, pues, los valores franciscanos. **Shalom aleijem** **La paz sea con vosotros**



“En combate”

En los Hechos de los Apóstoles, uno de mis libros favoritos de la Biblia, nos relata lo que sucedió la noche en que Pedro fue liberado de las cadenas de la prisión; un ángel del Señor lo sacudió mientras dormía y «lo hizo levantar, diciéndole: “¡Levántate rápido!”».

Lo despertó y le pidió que se levantara. En esta escena encontramos dos

verbos muy usados ya en esta serie de artículos de Arraigados y Edificados:

despertar y levantarse. En el pasaje citado significa que el ángel despertó a Pedro del sueño de la muerte y lo instó a levantarse, es decir, a resurgir, a salir hacia la luz, a dejarse conducir por el Señor para atravesar el umbral de todas las puertas cerradas. Es una imagen significativa para nosotros, como discípulos del Señor y como fraternidad, como comunidad cristiana, estamos llamados a levantarnos rápidamente para entrar en el dinamismo de la resurrección, mensajeros de esperanza y alegría, y dejarnos guiar por el Señor en los caminos que Él quiere mostrarnos.

Por mucho que se repita este encargo, y sepamos de Quien procede, experimentamos todavía muchas **resistencias** interiores que no nos permiten ponernos en marcha. Muchas resistencias. A veces, como Iglesia, nos abruma la **pereza** y preferimos quedarnos sentados a contemplar las pocas cosas

seguras que poseemos, en lugar de levantarnos para dirigir nuestra mirada hacia nuevos horizontes, hacia el mar abierto. A menudo estamos encadenados como Pedro en la prisión de la costumbre, la **rutina**, asustados por los cambios y atados a la cadena de nuestras **costumbres**, nuestra área de confort, nuestras debilidades. Pero de este modo nos deslizamos hacia la mediocridad espiritual, corremos el riesgo de vivir una vocación y un servicio de “sólo tratar de arreglárnoslas”, tanto en la vida cotidiana como en



incluso en la vida pastoral, el entusiasmo por la misión disminuye y, en lugar de ser un signo de vitalidad y creatividad, acabamos dando una impresión de **tibieza** e inercia. En consecuencia, la gran corriente de novedad y vida que es el Evangelio —escribía el padre Lubac— se convierte, en nuestras

manos, en una fe que «cae en el formalismo y la costumbre, religión de ceremonias y de devociones, de ornamentos y de consuelos vulgares. Caemos en un cristianismo de “movimientos repetitivos”, cristianismo clerical, cristianismo formalista, cristianismo apagado y endurecido». Estas desviaciones están constantemente en nosotros, en nuestras fraternidades, y siempre una lucha constante con esta tibieza, donde es muy fácil dejarnos vencer en la batalla o ni siquiera entrar en batalla.

El apóstol Pablo, en su carta a Timoteo, hace un repaso de toda su vida, dice: «He peleado el buen combate» (2 Tm 4,7). El Apóstol se refería a las innumerables situaciones, a veces marcadas por la persecución y el sufrimiento, y caídas en hacer lo que aborrecía, en las que no escatimó esfuerzos para anunciar del Evangelio de Jesús. En ese momento final de su vida, él veía que en la historia sigue habiendo un gran “combate”, porque muchos no están dispuestos a acoger a Jesús, cueste lo que cueste, prefiriendo ir tras sus propios intereses y otros maestros, más cómodos, más fáciles, más conformes a nuestra voluntad. Pablo ha afrontado su combate y, ahora que ha terminado su carrera, le pide a Timoteo y a los hermanos de la comunidad que continúen esta labor con la vigilancia, el anuncio, la enseñanza: que cada uno, en definitiva, cumpla la misión encomendada y haga su parte.

Que cada uno, en definitiva, cumpla la misión encomendada y haga su parte

Para nosotros es también un toque de atención del apóstol Pablo, que debe despertar nuestra conciencia de cómo, **en la Iglesia, todos estamos llamados a ser combatientes** con el pecado, y a la vez ser discípulos misioneros y a aportar nuestra propia contribución. No quejarnos de la Iglesia, de las circunstancias, sino comprometernos con la Iglesia y con la vida. Participar con pasión y humildad. Con pasión, porque no debemos permanecer como espectadores pasivos; con humildad, porque participar en la fraternidad nunca debe significar ocupar el centro del escenario, sentirnos mejores que los demás e impedir que se acerquen. Iglesia en proceso sinodal significa que todos participan, ninguno en el lugar de los otros o por encima de los demás. No hay cristianos de primera o de segunda clase, o que juegan en diferentes ligas, todos están llamados.

Pero participar también significa llevar adelante el “buen combate” del que habla Pablo.

En nuestro caminar hacia la santidad existe esta batalla, es necesario insistir que sería de ingenuos pensar que sea posible vivir de Dios sin encontrar resistencia, en nosotros y fuera de nosotros. Aunque el motor secreto del camino hacia la santidad, lo fundamental es Jesucristo y el amor que Él nos tiene y la correspondencia a este amor, puntos que ya abordé en los dos anteriores capítulos de *Arraigados y Edificados*, primero sobre la edificación de nuestra vida **poniendo a Cristo en el centro** y segundo **depositar toda nuestra confianza en Él**, el Amigo que nunca nos falla. Pero vamos a encontrar en ello, grandes dificultades desde el punto de inicio de este caminar, vamos a encontrar “lucha”. «Hijo, si te acercas a servir al Señor, prepárate para la prueba. Endereza tu corazón, mantente firme y no te angusties en tiempo de adversidad» (Eccl 2,1-2). La prueba, la tentación, el combate... son inevitables en un mundo herido por el pecado. «El reino de los Cielos padece violencia, y los esforzados lo conquistan» (Mt 11,12).

De hecho, es una “batalla” porque el llevar el Evangelio a la vida, y la vida al Evangelio no es imperceptible, anunciar el Evangelio y ser testigos no es neutro, como dice el Papa Francisco, el Evangelio no es agua destilada, no deja las cosas como están, no acepta el compromiso con la lógica del mundo, sino que, por el contrario, enciende el fuego del Reino de Dios allá donde, en cambio, reinan los mecanismos humanos del poder, del mal, de la violencia, de la corrupción, de la injusticia y de la marginación. Desde que Jesucristo resucitó, convirtiéndose en línea divisoria de la historia, “comenzó una gran batalla entre la vida y la muerte, entre la resignación ante lo peor y la lucha por lo mejor, una batalla que no cesará hasta la derrota definitiva de todas las fuerzas del odio y de la destrucción. Una batalla cuyo campo está tanto en nuestras relaciones en el mundo como en nuestro corazón.

Trabajar esta reflexión de la lucha espiritual es el interés de este capítulo como estás observando, porque es necesario y crucial salir al paso de una visión demasiado cándida y “buenista” del camino hacia el cielo. Sin olvidar también que sería ingenuo y superficial pensar que la santidad consista ante todo en esa lucha, pues la santidad consiste en vivir de Dios, en dejar que Él viva en mí. Ser un “alter Christus”, o como diría nuestra Madre Clara, ser espejo claro del amor de Dios.

Toda la tradición de la Iglesia ha hablado de los cristianos como “soldados” de Cristo. Soldados que llevan el bien a los demás, mientras combaten continuamente contra las malas inclinaciones personales. El concepto de soldado, lo vemos con connotaciones bélicas, pero el significado de soldados abandonados en las manos del Señor, tiene un significado bien distinto. A veces, por escasez de sentido sobrenatural, por un descreimiento práctico, no se quiere entender nada de la vida en la tierra como milicia.



Quién combatió mucho y nos da luz sobre este tema fue el propio Francisco de Asís, quien a través de sus deseos, luchas, fracasos y victorias, su vida nos ha revelado un poderoso mensaje de esperanza a pesar de las contrariedades de su vida, y a la vez sacude nuestra mentalidad caricaturesca “hippie” de la espiritualidad franciscana. Francisco nos invita a sobrepasar nuestras cegueras y ambiciones, esas que nos impiden amar y dejarnos amar. Siguiendo su ejemplo de vida vemos que estamos llamados a recibir y dar vida en abundancia, que estamos llamados a luchar contra la mediocridad y la mundanidad presente en nuestros corazones. También san Francisco nos enseña que nuestra limitada participación en la batalla es necesaria para la salvación, esta batalla es para Él, nosotros, como cualquier hombre o mujer, sin importar su origen, fortalezas, limitaciones o debilidades, somos partícipes de la salvación del mundo.

Las cuevas donde se retiraba nuestro Padre San Francisco fueron lugares de gestación hacia una vida nueva, y también lugares de gran sacrificio y dureza, de la que al principio de su conversión no estaba acostumbrado de su anterior vida. Las cuevas, era el lugar de un combate, como dan testimonio los escritos sobre los retiros que vivió, en lo que son interesantes ver las dificultades presentes durante los primeros tiempos de su conversión.

Tanto dentro como fuera de la Iglesia, nos insinúan maliciosamente que, si nos consideramos *militantes de Cristo*, cabe el peligro de utilizar la fe para fines temporales de violencia, de banderías. Ese modo de pensar es una triste simplificación poco lógica, que suele estar unida a la comodidad y a la aceptación de las tentaciones y los aires del mundo.

AMAR A DIOS

DESTERRAR
EL EGOISMO

SERVIR A
TODOS LOS
HOMBRES

La lucha se entiende como Cristo nos ha enseñado: como guerra de cada uno consigo mismo, como esfuerzo siempre renovado de amar más a Dios, de desterrar el egoísmo, de servir a todos los hombres. Renunciar a esta contienda, con la excusa que sea, es declararse de antemano derrotado, aniquilado, sin fe, con el alma caída, con esa mediocridad que termina cayéndonos en complacencias mezquinas. Para el cristiano, el combate espiritual delante de Dios y de todos los hermanos en la fe, es una necesidad, una consecuencia de su condición como cristiano.

quilado, sin fe, con el alma caída, con esa mediocridad que termina cayéndonos en complacencias mezquinas. Para el cristiano, el combate espiritual delante de Dios y de todos los hermanos en la fe, es una necesidad, una consecuencia de su condición como cristiano.

Porque la transformación de Francisco de Asís al San Francisco que tenemos en mente fue un proceso largo hasta el final de su vida. El testimonio de los *tres compañeros* a ese respecto es del todo significativo: “Entraba ahí él solo, dejando afuera a su compañero, impaciente por poseer el tesoro anunciado. Habiendo recibido del Espíritu Santo una nueva y singular efusión de gracia, suplicaba al Padre en lo secreto y deseaba que nadie supiera lo que hacía en esa gruta, excepto Dios únicamente, a quien consultaba sin descanso sobre los medios para obtener el



celestial tesoro... Pero en el fondo de su gruta, el valiente caballero de Cristo, sin inquietarse de las amenazas del diablo, oraba devotamente al Señor que le guiara en el recto camino. Soportaba sufrimientos horribles y una gran angustia del alma, no queriendo tomar reposo alguno antes de haber realizado completamente los deseos de su corazón. Los pensamientos más diversos lo asaltaban una y otra vez y su importunidad lo perturbaba cruelmente. Afuera, ardía del fuego divino y no podía esconder al exterior el ardor y el fervor de su alma... Cuando salía de la gruta para reunirse con su compañero, parecía transformado en otro hombre” (TC 12).

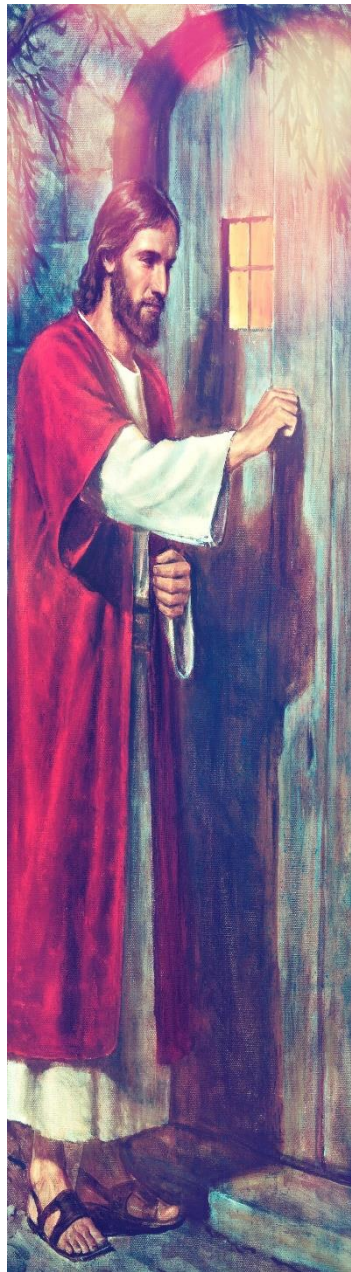
A esto he de añadir en nuestro artículo que la Iglesia Católica siempre ha sostenido que el sacrificio tiene que estar presente en la vida del cristiano, como lo estuvo en la vida de Cristo. El camino de la perfección pasa por la cruz, seguimos a Cristo pobre y crucificado. No hay santidad sin renuncia y sin combate espiritual. Y nuestra vida de franciscanos seculares debe dar aroma de esto por donde andamos, nuestro perfume ha de ser la fragancia de la renuncia, de la minoridad, no debería existir ni una pizca de quejas ni exigencias absurdas, mundanas o pretensiones de poca importancia, como diría un buen hermano mío “de pijotadas”.

Este período espiritualmente fecundo lo marcó de manera tan fuerte que, a la manera del encuentro con el leproso, quiso reiterar la experiencia de la cueva, la experiencia del combate, de la transformación de la amargura en dulzura, de la disipación de las tinieblas de su corazón para dejar todo el espacio a la luz. Pero no es un combate que se gana una vez, este encuentro con el leproso fue seguido voluntariamente de un servicio más constante, hasta el punto de convertirse en cotidiano. Somos conscientes de la caridad presente en las dedica-

ciones por los leprosos y enfermos que tenía San Francisco y sus primeros hermanos. Es decir, el combate es constante, y esta lucha se reflejará en los actos de nuestro día a día y de nuestras vidas cotidianas del siglo XXI. Como bien dice nuestra regla, debido a la fragilidad humana, debe actualizarse cada día. Un día comenzamos a luchar por aquello que sabemos que está mal en nuestro interior, lo detestamos y deseamos cambiar, habrá victorias y derrotas en la batalla, pero el batallar ya es una victoria pues la vida no será igual y sus frutos tampoco de aquel que lucha al de aquel que se rinde. Luchar ya es una victoria.



Con el ejemplo de Cristo que soportó la cruz y las heridas, la Iglesia recomienda algunos sacrificios corporales, como el ayuno por ejemplo, pero siempre que no dañen la salud. Las penitencias excesivas han sido siempre rechazadas por la Iglesia, pues el cuerpo es uno de los mayores regalos que hemos recibido de Dios. Como franciscanos seculares, del siglo, nuestra mortificación está en la vida cotidiana. La mortificación más habitual a la que se enfrentan los cristianos son las contrariedades de cada día: ser agradable a pesar de las contrariedades de la vida, escuchar con paciencia a los hijos o a los padres cuando se cae el mundo por otro lado porque no deja de ser esa escucha lo más importante aunque a veces no lo veamos, terminar bien un trabajo cuando se está cansado, acompañar a una persona en un trayecto, procurar no distraerse en Misa en la oración, sujetar la lengua aunque lo que más te gusta sería dejarla libre, asistir a tu encuentro de zona a pesar de que te venga mal ese fin de semana, aceptar ese consejo fraterno de tu ministro, enfriar el propio orgullo, no gastar dinero en provecho propio y darlo como limosna a los necesitados, etcétera. Podríamos añadir tantas situaciones..., pues esto es la principal mortificación de nosotros, miembros vivos en la Iglesia.



Una Fraternidad
coherente, libre y
humilde

Que se deja animar
por la pasión del
anuncio del
Evangelio

De llegar a todos

tir santos, sino que se deja animar por la pasión del anuncio del Evangelio y el deseo de llegar a todos.

El Espíritu nos llama a convertirnos, de manera constante, en una Iglesia que lucha ante la mediocridad, que se levanta en las caídas, que no se encierra en sí misma, sino que es capaz de mirar más allá, de salir de sus propias prisiones al encuentro de personas que necesitan a Dios. De batallar con todas las fuerzas contra el pecado pero con la valentía de abrir las puertas a aquellos que tropiezan. Terminó como empecé, con el pasaje de los Hechos de los Apóstoles en la noche de la liberación de Pedro, esa misma noche hubo otra tentación, esa joven asustada, en vez de abrir la puerta, regresó a contar fantasías. **Abramos las puertas de nuestro corazón, es el Señor quien llama.** No seamos como Rosa que volvió hacia atrás. Seamos una fraternidad sin cadenas y sin muros, en la que todos puedan sentirse acogidos y acompañados, en la que se cultive el arte de la escucha, del diálogo, de la participación, bajo la única autoridad del Espíritu Santo. Una fraternidad coherente, libre y humilde, que “se levanta rápido”, que no posterga, que no acumula retrasos ante los desafíos del presente, que no se rinde por el barro con la que está hecha, que no se detiene en los recintos sagrados, ni en ves-

Feliz Navidad, os deseo a todos un feliz 2025, que sea vivido de Dios y para Dios, de los demás y para los demás.

ESCUCHAR EL AUDIO  <https://youtu.be/kDMvqxFBkYk>

Hasta el próximo capítulo.



Alabado seas, mi Señor,
por la hermana luna y las estrellas,
en el cielo las formaste claras y preciosas y bellas.

Alabado seas, mi Señor, por el hermano viento
y por el aire y la nube y el cielo sereno y todo tiempo,
por todos ellos a tus criaturas das sustento.

Alabado seas, mi Señor, por el hermano fuego,
por el cual iluminas la noche,
y es bello y alegre y vigoroso y fuerte.

Alabado seas, mi Señor,
por la hermana nuestra madre tierra,
la cual nos sostiene y gobierna
y produce diversos frutos con coloridas flores y hierbas.

Alabado seas, mi Señor,
por aquellos que perdonan por tu amor,
y sufren enfermedad y tribulación;
bienaventurados los que las sufran en paz,
porque de ti, Altísimo, coronados serán.

Alabado seas, mi Señor,
por nuestra hermana muerte corporal,
de la cual ningún hombre viviente puede escapar.

Ay de aquellos que mueran
en pecado mortal.

Bienaventurados a los que encontrará
en tu santísima voluntad
porque la muerte segunda no les hará mal.

Alaben y bendigan a mi Señor
y denle gracias y sírvanle con gran humildad.

Altísimo y omnipotente buen Señor,
tuyas son las alabanzas,
la gloria y el honor y toda bendición.
A ti solo, Altísimo, te convienen
y ningún hombre es digno de nombrarte.
Alabado seas, mi Señor,
en todas tus criaturas,
especialmente en el Señor hermano sol,
por quien nos das el día y nos iluminas.
Y es bello y radiante con gran esplendor,
de ti, Altísimo, lleva significación.

PRÓPOSITO DE AÑO NUEVO

Quando te veo vivir de modo contrario a la razón, ¿cómo te llamaré, hombre o bestia?

Quando te veo arrebatarse las cosas de los demás, ¿cómo te llamaré, hombre o lobo?

Quando te veo engañar a los demás, ¿cómo te llamaré, hombre o serpiente?

Quando te veo obrar neciamente, ¿cómo te llamaré, hombre o asno?

Quando de veo sumergido en la lujuria, ¿cómo te llamaré, hombre o puerco?

Peor todavía. Porque cada bestia tiene un solo vicio: el lobo es ladrón, la serpiente mentirosa, el puerco sucio; pero el hombre puede reunir los vicios de todos los brutos.

San Juan Crisóstomo

Qué tu propósito para este año civil de 2025 que comienza sea no tener vicios, volver a ser **novicios** y recuperar la primera ilusión en Francisco y en los hermanos. Vivir franciscanamente.

Qué el Cántico de las criaturas nos acompañe en nuestro peregrinar.

Alabado seas mi Señor

Laudato sii o mi signore

PAZ Y BIEN

25-26 **ENERO**
FORMACIÓN NACIONAL MADRID